

1 Corintios 11:23-26

Sermón Reunión General Reforma 1996

1 Corinthians 11:23-26

Porque yo recibí del Señor la enseñanza que también os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan; 24 y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: "Tomad, comed. Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido. Haced esto en memoria de mí."

25 Asimismo, tomó también la copa después de haber cenado, y dijo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. Haced esto todas las veces que la bebáis en memoria de mí." 26 Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que él venga.

Conmemoramos hoy el día de la reforma. Recordamos la manera en que Dios guió a los benditos reformadores a recobrar la plena verdad del evangelio. Agradecemos la inmensa misericordia de Dios al hacernos los beneficiarios y herederos de la obra de reforma que Dios concedió a la iglesia en el siglo XVI. Porque lo que sucedió entonces no fue otra cosa que el rescatar el evangelio y proclamarlo a los cuatro vientos. Y ahora en estos últimos días los soplos han llegado también a nosotros en el Perú. Ahora, por la gracia de Dios, sabemos que hay gracia libre para los pobres pecadores. Sabemos que somos justificados por fe, sin las obras de la ley. Sabemos que nuestra salvación no depende de nosotros sino de la segura promesa de Dios y la obra de redención de Cristo Jesús. Sabemos que ya no hay ninguna condenación a los que están en Cristo Jesús.

Pero la única manera de realmente celebrar la reforma es asegurarnos de que personalmente nos apropiemos el mensaje proclamado, que las enseñanzas penetren nuestra misma mente y corazón. Para eso, es necesario que estudiemos siempre de nuevo y a fondo aquellas verdades que han sido restauradas para nosotros, para que seamos salvos por ellas, y para entregarlas a las generaciones venideras.

Hoy he escogido una de esas doctrinas del evangelio que fue restaurada por Lutero y la reforma luterana. Es la doctrina de que habla nuestro texto. Es la doctrina del santo Sacramento, la doctrina de la Santa Cena. Permitamos que Lutero una vez más nos dirija a la única fuente de toda doctrina verdadera, la Sagrada Escritura, al meditar sobre el tema: **La cena del Señor**. Veremos 1) su origen. 2) Su esencia. 3) Su propósito.

I. Su origen.

Si vamos a entender correctamente la Santa Cena, y apreciar lo que realmente se nos da allí, y recibir el beneficio que Dios pone en ella, hay que

conocer **su origen**. Pablo nos dice el origen de su doctrina de la Santa Cena. La recibió **del Señor**. Cuando oímos las grandes promesas que se hacen en cuanto a la Santa Cena, nunca podemos olvidar quién habló las palabras. No es un hombre cualquiera. No es un ser de poder limitado, de modo que tengamos que preguntar, ¿es esto posible? Porque el que habló es nada menos que aquel Verbo eterno por medio del cual Dios habló, y creó el universo. Es más. Es aquel que en amor vino y se hizo hombre por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Es aquel que ahora está a la diestra de Dios, a quien se ha dado todo poder en los cielos y en la tierra. Cuando él habla, no tiene que haber duda si él puede cumplir. Lo que él declara sucede.

Así nos recuerda Lutero también en su Catecismo Mayor. “Pues este sacramento no ha sido inventado o establecido por hombre alguno, sino que fue instituido por Cristo, sin consejo ni reflexión humanos. ... ¿Piensas que Dios pregunta por lo que hacemos o creemos, de modo que, como consecuencia, deba variar lo que ha instituido? Aun en todas las cosas temporales todo permanece tal como Dios lo ha creado e instituido, sea cual fuere la manera en que lo usemos y lo tratemos. Es menester inculcar esto siempre, porque con ello se puede rechazar absolutamente todas las charlatanerías de todos los sectarios, los cuales consideraban los sacramentos fuera de la palabra de Dios como una cosa que nosotros hacemos”.

Debemos considerar también la ocasión en que Jesús dio la institución de la Santa Cena. Fue “la noche en que fue entregado”. Es decir, la noche antes de su muerte. Fue la hora en que aun los hombres suelen hacer sus declaraciones más solemnes. Lo que Jesús estableció en esa noche, es como su último testamento a sus discípulos. Les estaba comunicando su herencia. Como Pablo nos recuerda en Gálatas, aun entre los hombres, una vez hecho el testamento y muerto el testador, no se anula ya su testamento. Seguramente, entonces, debemos dejar las palabras de Cristo cuando instituyó este sacramento del Nuevo Testamento seguir así como rezan, y no dudar, porque no solamente son las palabras del Todopoderoso, sino fueron habladas en el momento más solemne de su vida. Y Cristo no miente. Lo que él declara, seguramente debemos creer con todo el corazón. Otra vez nos recuerda Lutero: “Todo depende de estas palabras. Todo cristiano debe y tiene que conocerlas y mantenerlas firmes. Jamás puede permitir que nadie se las quite con ninguna otra clase de enseñanza, aunque fuera un ángel del cielo (Gál. 1:8). Son palabras de vida y de salvación, de modo que todo el que cree en ellas tiene todo su pecado perdonado por medio de esta fe; es un Hijo de Dios y ha vencido la muerte y el infierno. El lenguaje no es capaz de expresar lo grandes y potentes que son estas palabras, porque son la suma y la sustancia de todo el evangelio” (LW 36, p. 227). Si nos quedamos con las palabras solamente, y no permitimos que ni la astucia de los hombres ni los engaños de nuestra propia razón nos aparten de ellas, retendremos en su pureza el sacramento que estableció Cristo, y con ello, retendremos el evangelio, porque este sacramento es el evangelio.

II. Su esencia

Para saber en lo que consiste este sacramento, entonces, solamente tenemos que atenernos a las claras palabras de Cristo. Allí podemos saber exactamente qué es lo que recibimos en el sacramento. Pablo nos recuerda las palabras que recibió por revelación de Cristo de esta manera: “Que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: ‘Tomad, comed. Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido. Haced esto en memoria de mí’. Asimismo, tomó también la copa después de haber cenado, y dijo: ‘Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre’.” Allí nos dice con toda claridad. Jesús tomó pan, pero después de bendecirlo, lo distribuye diciendo: “Esto es mi cuerpo”. Lucas habla más explícitamente, indicando que es el mismo cuerpo que es “dado por vosotros”. Es el mismo cuerpo que Jesús daría al día siguiente en la cruz, el perfecto sacrificio dado por los pecados del mundo entero. Es el precio de la redención.

La copa es el nuevo testamento en su sangre. Cuando uno toma el vino que está en la copa, recibe el nuevo testamento en su sangre, o como lo dice Marcos en su evangelio: “Esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada a favor de muchos”. Cuando uno toma la copa, entonces, realmente está recibiendo al mismo tiempo que el vino, la mismísima sangre que fue derramada en la cruz para obtener el perdón de los pecados para toda la humanidad.

¡Qué dones tan preciosos Jesús nos da en este banquete que es conocido como la Santa Cena! ¡Qué honor y misericordia, que se nos permita a nosotros, los pecadores indignos, recibir esta rica comida! ¡El Señor nos pone un banquete en que él mismo con todo su poder redentor es la comida, y nos invita a participar! ¿Estamos conscientes de la grandeza de esta acción, del privilegio que es nuestro? Seguramente si el presidente de la república nos invitara a un banquete oficial se tendría que considerarlo un honor singular. Qué animados estaríamos en nuestras preparaciones para participar. Qué gusto tendríamos por tal distinción. Y aquí nos invita uno que es mayor que todos los presidentes y reyes del mundo juntos, ¡y nosotros tan fácilmente lo tomamos a la ligera, como una cosa sin importancia!

¡Y la comida! ¡Qué ricas viandas! ¿En dónde encontraremos algo igual? El mismo cuerpo y la sangre del Cordero, dado a nosotros para nuestra salvación. ¿Es difícil para nuestra razón creerlo? Concluyamos con Lutero: “Aunque cien mil demonios y todos los entusiastas exaltados vengan y pregunten, ¿cómo pueden ser pan y vino el cuerpo y la sangre de Cristo, etc.? Yo, por mi parte, sé que todos los sabios eruditos juntos no tienen tanta sabiduría como la majestad divina tiene en su dedo meñique. He aquí las palabras de Cristo: ‘tomad y comed, esto es mi cuerpo. Bebed de ella, todos; esto es el nuevo testamento en mi sangre...’ Y a esto nos atenemos nosotros; ya veremos lo que hacen quienes pretenden corregirlo y obran algo distinto a lo que él había dicho. Ahora bien, es cierto que si retiras la palabra de ellos o si consideras el sacramento sin ella, no tendrás sino simple pan y vino. Pero si permanecen unidos (como debe y es necesario que sea) son, en virtud de las mismas palabras, el cuerpo y la sangre de Cristo. En efecto, como ha hablado y dicho la boca de Cristo, así es, pues no puede engañar ni mentir”.

III. Su propósito

Para que apreciemos debidamente, y participemos ávidamente de este bendito sacramento, todavía debemos considerar **su propósito**. Cristo indica el propósito al decirnos: Haced esto. Quiere que se celebre después también este sacramento. Y se hace haciendo lo que él también hizo; tomar pan y vino, bendecirlos, distribuirlos, y que los cristianos luego comamos y bebamos estos grandes dones. “Tomad, comed”, dice nuestro texto. “Bebed de ella todos”, dice Cristo en Mateo. Así este pan y este vino, que han sido bendecidos por las palabras del Señor, y así son lo que él mismo dijo que son, su cuerpo y su sangre, deben ser comidos y bebidos.

Aunque solamente tuviéramos el mandato, debe ser suficiente para que el cristiano tenga adecuada motivación para querer participar con frecuencia de este banquete. Pero además del mandato, hay las más asombrosas promesas. Porque allí tenemos también las palabras del Señor, “Dado y derramada por vosotros para la remisión del pecado”. Ya hemos dicho que esta sangre es la sangre del nuevo testamento, que la copa es el nuevo testamento en su sangre. ¿Pero qué es el nuevo testamento? Jer. 31 nos dice: “He aquí vienen días, dice Jehovah, en que haré un nuevo pacto... Porque éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehovah:... Porque yo perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado”. v. 31-34. En este sacramento, entonces, no sólo tenemos el precio que fue pagado para ganar el perdón de nuestros pecados, sino el perdón mismo que fue obtenido en la cruz. Otra vez, oigamos a Lutero: “Ahora bien, si el nuevo testamento está en la santa cena, también deben estar ahí el perdón de los pecados, espíritu, gracia, vida y toda bienaventuranza. Todo está comprendido por la palabra. Pero ¿quién sabría lo que está en la santa cena si no la anunciase la palabra?” (OML V, p. 511). Y luego sigue diciendo: “Por consiguiente, mira, qué cosa bella, grande y maravillosa es cómo todo está unido entre sí y forma un ser sacramental. Lo primero es la palabra, porque sin la palabra la copa y el pan no serían nada; además sin pan y copa no estaría presente el cuerpo y la sangre de Cristo, sin cuerpo y sangre de Cristo no habría nuevo testamento, sin el nuevo testamento, no habría perdón de los pecados y sin el perdón de los pecados no habría vida y bienaventuranza. Así las palabras primeramente unen el pan y la copa en el sacramento. Pan y copa comprenden el cuerpo y la sangre de Cristo. El cuerpo y la sangre de Cristo comprenden el nuevo testamento; el nuevo testamento comprende el perdón de los pecados y éste comprende vida eterna y bienaventuranza. Mira, todo esto nos ofrecen y dan las palabras de la santa cena y nosotros lo captamos por la fe”.

“Haced esto en memoria de mí”. Así lo mandó nuestro Señor. Cuando celebremos la Santa Cena, en que recibimos el cuerpo y la sangre que Jesús dio y derramó por nosotros, traemos a la memoria todo lo que hizo Jesucristo por nuestra salvación. Lo vemos en la cruz, dando su vida, el inocente por los pecadores; y a su invitación, como pecadores, pero arrepentidos y sedientos del perdón, nos acercamos a la cena en que comunica a cada uno de nosotros el perdón que fue ganado en la cruz. Cristo en la cruz ganó el perdón, y aquí en el sacramento, al igual como en el evangelio predicado y en la absolución,

nos distribuye y da ese perdón. Y lo hace en una forma tan individual, que ya nadie debe dudar que el perdón es para él. Tan seguramente que sientes el pan y el vino en tu boca, puedes estar seguro por las palabras de Cristo que el mismo cuerpo y sangre que ganaron para ti el perdón en la cruz también están allí. Y en donde están este cuerpo y sangre, allí no puede haber otra cosa que pura gracia, puro perdón, pura vida, alegría para almas tristes y ánimo para espíritus apocopados. Porque este cuerpo y esta sangre realmente son “para el perdón de los pecados.”

Y así, “Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que él venga”. El sacramento nos guarda en lo esencial de nuestra fe. No nos permite fijar toda nuestra atención en lo periférico y lo que es sin importancia. La santa cena declara a nosotros y el mundo que la muerte de Cristo en expiación por nuestros pecados es el mismo centro de nuestra fe. Por eso tenemos esperanza. Por eso tenemos seguridad. Por eso podemos enfrentarnos aun con la muerte con coraje y valentía, porque esta cena no solamente mira atrás a la muerte de Cristo, no solamente mira el presente y el perdón que se nos da ahora, también nos apunta hacia el futuro, “hasta que él venga”. Entonces comeremos con él eternamente en el gran banquete celestial, del cual los dones que Cristo nos da aquí son un gusto anticipado.

Demos gracias a Dios, entonces, porque Lutero restauró a la iglesia también el verdadero sacramento conforme al uso que Cristo estableció en la Sagrada Escritura. Pero no nos quedemos allí. En profunda gratitud, y con firme fe en las palabras de Cristo, acerquémonos esta mañana al banquete del Señor, a esta comida sublime que nutre nuestra fe y alma para vida eterna. Coman, beban, creyendo firmemente que lo que prometen las palabras de Cristo, seguramente aquí lo recibes, el verdadero cuerpo y la sangre de Cristo, dado por ti, derramada por ti. Para el perdón de tus pecados. Cristo no te mentirá. Creyendo las promesas, tendrás el perdón, y con el perdón, la vida y la salvación.

Para cerrar una vez más con unas palabras de nuestro reformador: “Tenemos, pues, ahora, todo el sacramento, a la vez lo que es en sí, lo que procura y para qué sirve. Ahora es necesario que veamos cuál es la persona que recibe este poder y este beneficio. Dicho con suma brevedad ... es esto: quien crea en estas cosas tal como las palabras lo expresan y procuran. Estas palabras no han sido dichas o anunciadas para las piedras o los árboles, sino a los hombres que las escuchan, a los cuales dicen: Tomad, comed, etc. Y dado que Cristo ofrece y promete el perdón de los pecados, no podrá ser recibido sino mediante la fe. Cristo exige dicha fe en esta palabra, cuando dice: **por vosotros** dado y derramada... Es como si dijera: Yo doy esto y a la vez ordeno que lo comáis y lo bebáis, a fin de que lo podáis aceptar y disfrutar. Quien tal cosa escuche creyendo que es verdad, ya lo posee. Pero, el que no crea, nada posee, porque se le presentan en vano estas cosas y no quiere gozar este saludable bien. El tesoro ha sido abierto y colocado delante de la puerta de cada hombre; aun más, encima de la mesa. Pero es menester que tú te apropiés de él y lo consideres con certeza como aquello que las palabras te dan... Esta es toda la preparación cristiana para recibir este sacramento

dignamente. En efecto, puesto que este tesoro es presentado totalmente en las palabras, no habrá otro modo de captarlo y apropiarse de él que con el corazón, pues no sería posible tomar tal regalo y tesoro eternos con el puño... La fe del corazón, sin embargo, lo hace, de manera que reconoce el tesoro y anhela poseerlo". Hasta allí Lutero. Así, con plena fe, reconociendo el pecado, pero aferrándose a la promesa de perdón que Cristo ha puesto allí, acércate hoy, para recibir lo que Cristo allí te ofrece, su cuerpo y sangre, y con ellos, el perdón completo de todos tus pecados. Amén.